

Educación

DEBERES DEL

EDUCADOR

MODERNO

Discurso del Dr. Rafael Caldera en el acto de Graduación de la Promoción "Madre Emília", del Colegio Santa Eduvigis.

Actos como este tienen un hondo sabor de esperanza. En trilogía intensamente humana, reúnen la satisfacción de una etapa lograda, la formalización de un compromiso y la emoción de darse a una obra creadora. Alegría del triunfo, ganado en lid gallarda por directores, profesoras y alumnas, recompensadas hoy con merecido galardón. Noble, pero solemne compromiso, sellado al recibir el delicado encargo de educar. Y excelsa función de compartir responsabilidades con Dios, al atender su llamado de formar otros seres humanos, que vienen como a ser creados nuevamente a través del proceso educativo.

Hecho a imagen y semejanza del Creador, nunca el hombre se siente más parecido a El que cuando participa en el milagro renovado de la creación. Crear, crear algo digno de su destino eterno, es su ambición más alta. -Infundirle la vida a otro sér dotado de inteligencia y voluntad es lo que a la criatura hecha de barro puede acercarle más al Espíritu puro, cuyo soplo (anticipando el sistema de reacción en cadena cuyo descubrimiento ufana la técnica de nuestros días) va pasando de unas generaciones a las otras sin extin-

guirse ni aminorarse, sino acercándose más bien a la fuente inicial.

Por audaz que el concepto parezca, autorizada es la palabra que considera al hombre, por su función paterna, más alto que los mismos ángeles. Porque son del reinante Pontífice aquellas hermosas palabras: "Hijo de Dios es también el hombre, imagen que conoce y ama a la Trinidad. Espíritu unido a la materia, si bien es verdad que ha sido hecho un poco menor que los ángeles, es como padre, en cierto sentido, más que el ángel, el cual no comunica sino la luminosa actividad de la propia inteligencia, mientras el hombre consigue de Dios su concurso en la creación e infusión misma de esta inteligencia en sus hijos, engendrando el cuerpo que la recibirá" (1).

Paternidad, creación, renovación del milagro del Paraíso, cumplido a cada momento en todos los lugares de la tierra. Deferencia especialísima del Padre Universal, que no quiso crearlo todo directamente y de una vez, sino que quiso hacer de su criatura preferida el ayudante de su obra de creación. Disposición, por cierto, reiterada en el milagro de la Redención: porque tampoco quiso ser El el solo Redentor, sino que asoció al hombre en la regeneración del hombre mismo y quiso valerse de las fuerzas del sér humilde y flaco para transmitir a las almas el impulso para ganar su destino supremo. Así, Dios Padre hizo, del hombre, ministro de creación de las otras criaturas; Dios Hijo escogió discípulos y extendió el encargo a los discípulos de sus discípulos, para volver al hombre al puesto de donde el pecado lo arrojó; Dios Espíritu se ha valido del hombre para transmitir su verdad y su amor, elevando su naturaleza impura y débil a instrumento de santificación.

Socio de Dios en la continua creación de nuevas obras, pero sobre todo de nuevas personas, el ser humano se eleva a alturas infinitas. Mas la misericordia del Ser Supremo no se limitó a darle el poder de transmitir la vida. Quiso obligarlo más, para al mismo tiempo hacerle gozar más la satisfacción incomparable de crear: le dió hijos que tuvieran su carne y su espíritu, pero al nacer se los dió frágiles, incapaces hasta para existir por sí so-

(1) Pío XII y la familia cristiana.- Discursos del Padre Santo a los recién casados (1939-1943).- Acción Católica Española.- 2ª Edición especial para Hispanoamérica.- Editorial Poblet, Buenos Aires, 1951.- Página 176.

los, de modo que a cada instante los padres tuvieran que volver a darles la vida; a semejanza de Dios mismo, que quiso repetir a cada instante en cada uno de nosotros el don de su creación, pues según el decir de los teólogos, la vida es un milagro renovado de su Providencia.

Esto que pasa en la vida material pasa igualmente en la del alma, donde se extiende la generación, pues ya lo ha dicho el Papa: "la paternidad se eleva mucho más: es comunicar juntamente con el sér, con la vida vegetal o animal, la vida superior de la inteligencia y del amor". *Infans*, infante o niño, era para los juristas de Roma "qui fari non potest", el que no puede hablar. No puede hablar, vale decir, no puede discernir, no puede elaborar ideas, no puede formular juicios, capacidad que va adquiriendo progresivamente bajo la égida familiar, así como bajo esa égida va adquiriendo la capacidad de comer y de andar. En cadena sin fin, unas generaciones transmiten a las otras el depósito de las creencias, tradiciones y costumbres; y sólo cuando nos corresponde educar a los que nos suceden, es cuando podemos apreciar la deuda contraída con quienes nos sacaron de una segunda nada, después del nacimiento y de la infancia, para incorporarnos de lleno a las distintas fases de la vida.

No hay cosa que mueva más a compasión (a generosa compasión humana) que la ternura desvalida de un niño. Pero en su misma debilidad está el secreto de la solidaridad entre los hombres; pues como expresó el gran sociólogo francés Federico Le Play, "el individuo no aporta al nacimiento sino la aptitud de recibir la impresión del bien: el orden moral que forma la principal riqueza de la humanidad, se constituye poco a poco por la gracia divina y por la sabiduría de las generaciones sucesivas" (2).

La educación empieza en la cuna y no termina nunca. La labor de educar es digna de Dios mismo, porque es continuación de su obra creadora. El padre que educa a su hijo —en palabras del mismo Le Play— "crea, por así decirlo, su corazón y su inteligencia, como ha creado su cuerpo". De allí que la potestad paterna sea "el más legítimo de todos los poderes sociales", pues "en el orden puramente humano, el padre se clasifica por sobre el Soberano, cuyo

pápel se limita a dirigir una sociedad que no ha creado" (3).

Asumir, por lo tanto, la profesión de educar es recibir la más honrosa de las consagraciones. "La mejor profesión" la ha llamado, en hermoso volumen, un vocero de la enseñanza social (4). El magisterio es perenne paternidad espiritual que se proyecta en las generaciones. Los padres no pueden hacer solos la obra de la educación. Ciertamente nada alcanzará a suplirlos ni poder alguno de este mundo tiene más jerarquía para determinar el rumbo de sus hijos; pero la vida se complica, la civilización avanza, la técnica es compleja, y cada uno ha de menester una preparación que en la casa no se le puede dar.

La educación moderna reclama desde los años iniciales un cúmulo de conocimientos que antes no imaginaron los de preparación más avanzada. A cada paso aumenta el cúmulo de nociones indispensables y el instrumental se complica y perfecciona. No puede ser maestro, como en tiempos ya idos, el que sólo tenga un poco de buena voluntad. El magisterio es una técnica. Hay que aprenderla bien para ejercitarla con éxito. Se necesita estar de espaldas ante las exigencias de la vida, para negar la conveniencia de que el magisterio católico se adentre por los caminos de la moderna Metodología, y en las corrientes de la Pedagogía y la Psicología infantil, y conozca las técnicas de la escuela activa, y sepa dominar para utilizar cuanto convenga, lo mismo los "tests" que los "ambientes", y no se quede atónito cuando le hablen del "método global" o de otra novedad pedagógica.

De allí el que se deba mirar con simpatía a distinguidas religiosas de diversas congregaciones docentes, formar parte integrante de esta Promoción "MADRE EMILIA". Plena conciencia del deber de estar a la cabeza en el insigne oficio de educar, han demostrado al compartir con las demás alumnas los sinsabores de la escolaridad obligatoria y del peridóico control, y sobre todo, al correr con ellas el inquietante azar de los exámenes, pues según frase que repetía mi padre, hablar en público y presentar exámenes son dos cosas a las que el hombre no se acostumbra nunca.

(3) *Ibid.*, p. 151, 155.

(4) Hermano Pedro Bartín, Lasallista.- *El Educador de Hoy frente a los Problemas Sociales*.- Librería Escolar, Caracas, 1951, p. 129-138.

(2) De "La Reforme Sociale", en "Textes choisis", París, Librairie Dalloz, 1947, página 154.

Su propósito de obtener el título oficial es otra prueba más de la modernidad de la Iglesia. Y ¿por qué no, si los educadores católicos han abrevado siempre en las mejores fuentes del saber? Si hay títulos que demuestren pericia, los católicos han de hallarse dispuestos a obtenerlos. Así lo han entendido las Hermanas de diversas congregaciones que han recibido aquí el grado de normalistas, mostrándose hijas dignas del Padre Santo que instaló ascensores en el Vaticano y habló por radio a los católicos, o del que bendice a los fieles por televisión y recomienda a las muy reverendas superiores —con las consideraciones debidas a su dignidad y a su sexo— la modernización de los hábitos, en cuanto fuere conveniente para hacer más fácil y accesible el apostolado social.

• Salvadas las distancias, el gusto que sentimos en este acto solemne no deja de tener parentesco con el que experimentamos cuando vemos a una monjita manejando por las calles una camioneta ranchera haciendo viajes a sus alumnas o a sus hermanas de religión, o diligencias urgentes de la comunidad. Ellas son pioneras de una senda que se debe trillar con decisión. Pues hay que demostrar la voluntad de ir donde sea necesario, y de emplear la técnica en todo lo que con lo esencial no colida, a fin de poner los órganos cristianos a la cabeza de una civilización que cuando quiere honrarse se acuerda de llamarse cristiana.

Al verter los conocimientos más avanzados de la época sobre la inteligencia de los alumnos, los educadores católicos se hacen siempre más dignos de la confianza de los padres. Confianza, sin embargo, que no les viene solamente de esto, sino de algo que otros olvidan y que para un pedagogo católico es el nervio de su actividad: la formación moral. Porque educar es extraer de cada ser humano el maximum de su capacidad: y la capacidad humana no es mera cuestión de inteligencia, sino también, cuestión de voluntad.

Si hacemos balance de la educación en nuestra patria, de principios de siglo para acá, es imposible negar el auge creciente que ha tomado. Ha venido aumentando el número de planteles, las diversas ramas de educación se hacen más accesibles a través de distancias geográficas y de capas sociales, y la cantidad de conocimientos es inmensamente más amplia. Pero algunas veces, al reflexionar sobre la conducta colectiva, no podemos menos de interrogarnos: ¿habrá ido pareja, en Venezuela, con

el cultivo de la inteligencia, la formación del carácter de la juventud? ¿Habríamos sido lo suficientemente preocupados y aptos para fortalecer en las nuevas generaciones las cualidades nacionales y levantar resistencias psicológicas a los defectos que se nos achacan?

No es fácil responder a esta pregunta. Pero en cambio, es fácil observar que la formación del carácter será mucho más realizable donde la ley moral se inculque en la conciencia desde los tiernos años, y se le dé la base incommovible de la creencia en Dios y de la efectividad religiosa. Por eso los planteles católicos, que bendecidos por Aquel en quien se inspiran, se multiplican y florecen en toda la República, gozan de máxima confianza entre los padres y las madres que quieren lo mejor para sus hijos; y constituyen, dentro del panorama nacional, un hecho alentador y positivo.

Para hacerse más y más dignos de esa confianza, no escatiman esfuerzo. Y sin complejos de superioridad, porque no debe haber sino fraternidad entre los instintos que cultivan la mejor riqueza del país, que está en su infancia, aportan nuevas promociones como esta para atender al llamado de medio millón de niños sin escuela (5), y cooperan dentro de las diversas ramas de la educación, en la formación de los valores que Venezuela necesita para resolver los problemas de una nación moderna.

Maestras de la Promoción "MADRE EMILIA":

Llegáis a la más noble de las profesiones, dotadas de los mejores medios. Habéis recibido los conocimientos más modernos, apoyados en las mejores normas que la humanidad ha conocido para la educación del espíritu. Estáis, por consiguiente, en condiciones de formar armónicamente a vuestros educandos: para que, como en el ideal de Bolívar, el cultivo del talento esté garantizado por la forja de la probidad.

Además, sois mujeres. La mujer ha sido especialmente dotada para comprender a los niños; para amarlos y enseñarlos a amar. La dura ocupación de la enseñanza ha tenido siempre para ella singular atractivo. En todos los países, es inmenso el número de vosotras que adopta con decisión ese camino de maternidad espiritual. En Venezuela, según las cifras oficiales del

(5) V. Meridiano Cultural, en El Universal, Caracas, 9 de febrero 1955.

año académico anterior, por 3.394 hombres había en la enseñanza primaria 13.550 mujeres. Y su número tiende a aumentar; porque a medida que el hombre busca en otras profesiones o en las ramas superiores de la enseñanza una remuneración menos precaria, y elude la carga agobiadora de la actividad escolar (6), la mujer siente más una vocación que la lleva a darse por entero en el alma sin mancha de los niños.

Ese llamado lo habéis escuchado vosotras. Algunas de vosotras lo habían atendido ya desde hace años y salieron triunfantes de la prueba. Victoriosa experiencia han cumplido, y en el ejemplo escogieron el grado más alto, al renunciar al propio hogar por el desposorio simbólico con Cristo y la inagotable maternidad del magisterio. Su noble ejecutoria constituya para todas fuente de devoción, pues ser maestra es siempre en algún grado hacerse madre de los hijos ajenos, y también, desposarse con el Padre común, en nupcias de ideal.

Por si todo ello no bastara para ungiros con el crisma de la acción apostólica, vuestra promoción lleva el nombre de la Madre Emilia. Fundadora de la primera congregación venezolana, le tocó recibir en suelo patrio a las primeras congregaciones que vinieron de fuera, a fines del siglo pasado, poco más de una década después de la malhadada extinción (7). Ahora le toca amparar con su nombre a esta primera floración profesional de la Normal San José del Colegio de Santa Eduvigis, que sostienen sus hijas, las insignes Hermanitas de los Pobres; y vincular a ellas vuestro selecto grupo, enriquecido por el doble mérito de las reverendas religiosas que a su trabajo sumaron ajeteo de estudiantes para ganar el título oficial de normalistas.

En la vida de la Madre Emilia descuella el apostolado de la Caridad. ¿Qué mejor símbolo para vuestra labor de maestras?

Hambre de caridad tienen los pueblos. El amor parece reducido a los

(6) V. a este respecto la encuesta de Claire Leplae, *Les femmes universitaires*, Université de Louvain, p. 30.

(7) V. "Caridad en Acción", La Rvda. Madre Emilia de San José, Fundadora de la Congregación de Hermanitas de los Pobres de Maiquetía.- Por una Hermanita de los Pobres.- Caracas; Imp. San Antonio (Hermanitas de los Pobres), 1940.

rincones de la tierra, ante la acometida del odio. El primero de los mandamientos se ve como patrimonio exclusivo de seres de excepción, y no quiere entenderse que, sin su cumplimiento, el progreso de la humanidad es puro engaño.

Vosotras conocéis la fuente de la caridad y en ella queréis saciar la sed de los humildes. Vosotras sabéis que caridad no es sólo limosna, sino amor, lo que hizo decir a San Pablo: "Y si distribuyese todos mis bienes para dar de comer a los pobres y entregase mi cuerpo a las llamas, no teniendo caridad, nada me aprovecharía" (1 Cor., 13, 3). Admonición que un célebre economista y filósofo comenta en estos términos: "Era, sin embargo, grandiosa la limosna de dar todos sus bienes y su vida a los pobres! Y bien, para el gran apóstol de la caridad, si este don es hecho sin amor, no hay verdaderamente caridad" (8).

Vosotras, como la Madre Emilia, sentís que la primera necesidad del mundo es el Amor, y que ese amor sólo de Dios ha de venir. Por esto váis alegres en medio de las penas, optimistas en las dificultades, decididas cuando la incompreensión acecha. Por eso, quienes venimos a felicitaros sabemos que este acto significa más, mucho más, que la mera obtención de un título por un grupo de profesionales.

Y reconocemos que es cuando vuestras manos, y las manos de muchas más como vosotras, ofrezcan modeladas nuevas generaciones cuyos corazones no sean esclavos de la ambición y las pasiones sino motor de sus inteligencias, cuando ganaremos la batalla del bien y la justicia.

Es difícil, sin duda, cumplir el mandato inexorable de amarnos los unos a los otros como El nos ha amado, pero no podremos hablar de verdadero progreso hasta lograrlo. Y para lograrlo estamos en el mundo los padres y maestros: pues no en vano se nos dió el privilegio excelso de formar nuevos seres, a imagen y semejanza del Supremo Ser que nos creó.

Dios bendiga, como el de vuestras profesoras, vuestro esfuerzo. Que además de la recompensa sobrenatural, nunca faltará en esta patria nuestra, en esta tierra buena, quien sepa agradecerlo!

Rafael Caldera.

(8) Charles Gide.- *La Solidarité*.- París, Presses Universitaires de France, 1932, p. 197.-